



VÍCTOR DE L'AVEYRON Y JEAN ITARD. LA EDUCACIÓN DEL SALVAJE

JOSÉ MANUEL VÁZQUEZ-ROMERO
Universidad Pontificia Comillas, Madrid
vazquez@chs.upcomillas.es

Todo, en esta historia, debe ser contado, pero la ponderación separada de cada cosa es bien difícil en la investigación de lo que convierte en objeto de la Ciencia un fenómeno tan corriente como un pequeño vagabundo mudo (TH. Gineste, *Victor de l'Aveyron*, pp. 18s.).

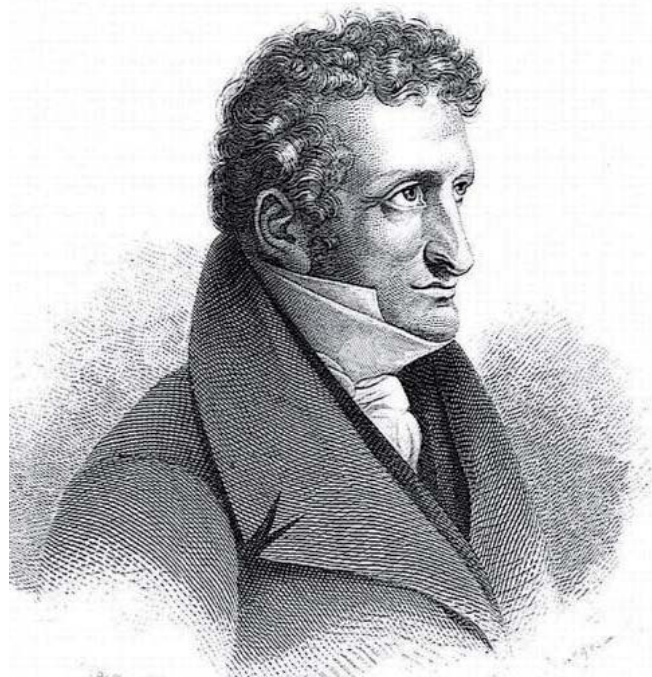
El tratamiento concienzudo y moroso a comienzos del siglo XIX, de un niño salvaje, Victor de l'Aveyron, por su médico, Jean Marc Gaspard Itard (1774-1838), constituye un acontecimiento educativo que se ha valorado por su influencia decisiva en la configuración del método educativo moderno, tanto en la enseñanza de los discapacitados, como en la configuración del método montessoriano, llegando a ser reputado el tutor de inventor de los aparatos de instrucción, iniciador de la modificación de la conducta, primer logopeda, y hasta de fundador de la otorrinolaringología, creador de la educación de los sordos y padre de la educación especial. No obstante, la entrañable relación educativa entre Itard y Victor va más allá, como testimonio precioso y atribulado que es de la función antropológica de la educación, es decir, de su papel en la construcción de la subjetividad del educando.

LOS SUCESOS Y SUS FECHAS

- 1797, marzo: primera captura del niño ferino en los montes donde vive, después de días de acecho. En su traslado, escapa y regresa a los bosques donde moraba.
- 1799, julio: nueva captura. Después de algunas semanas, y tras ser maltratado por su cuidadora, huye de nuevo, pero para rondar las aldeas de la comarca y mendigar en las granjas.
- 1800, 8 ó 9 de enero: es descubierto pasando la noche en una vivienda. Se le acoge y se informa del caso al gobierno.
- 1800, enero-febrero: confinado en el *hospice civil de St. Affrique*, allí pasará más de un mes. El caso, del que se hace eco la prensa, comienza a hacerse popular en todo el país.
- 1800, 4 febrero: llega exhausto, mudo, agresivo y apático, a la ciudad de Rodez, en medio de una gran expectación. Un afamado botánico, el abate Pierre Joseph Bonaterre (1751-1804), lo recibe en su casa. Allí experimentará cambios alentadores en su conducta, si bien sigue mudo. El abate, además de cuidarlo con mimo, registra sus observaciones del muchacho y promete acogerlo en caso de abandono.
- 1800, 20 de julio: tras orden dada por el *ministre de l'Intérieur*, Lucien Bonaparte, el muchacho parte hacia la capital francesa, llegando el 6 de agosto. Hay una viva curiosidad de la

población y de la prensa por el caso, que sirve de asunto para los literatos y concita la atención de los sabios. La *Société des Observateurs de l'homme* encarga informes científicos, a cuya lectura es invitado un joven médico, Jean Itard. El niño, entre tanto, es ingresado en la *Institution des Sourds-muets*.

- 1800, diciembre: Itard entra a trabajar oficialmente en la *Institution de sourds-muets*. Se le nombra médico de la institución y es encargado de la instrucción del niño.
- 1801, febrero: no sin dificultades, se contrata a una cuidadora para el niño, Madame Guerin, a la que no siempre se le pagará con regularidad.
- 1801, abril-agosto: se presentan distintas complicaciones. Hay renuencia por parte de la administración para prolongar el tratamiento del niño y su dotación, en parte alentadas por los informes periciales que diagnostican una imbecilidad congénita e irredimible (cfr. el *Rapport fait a la Société des Observateurs de l'homme sur l'enfant connu sous le nom de sauvage de l'Aveyron*, par Ph. Pinel, *Professeur de l'École de médecine et membre de la Société*, 29 de noviembre de 1800 y mayo de 1801).



Jean Itard, grabado de Clara Nargeot.



Animado por los miembros de la sociedad, escribe Itard su informe sobre los *Premiers développements physiques et moraux du jeune sauvage de l'Aveyron*. Es por esas fechas cuando se le da el nombre al niño por el que se le conocerá en lo sucesivo: Victor.

- 1801-1804, 21 de julio: subsisten las dudas acerca de si la administración francesa seguirá costeadando la educación, si bien la partida se prorroga, aunque abonada irregularmente. De estas fechas son el segundo y tercer informes itardianos, en los que aboga por la continuación del tratamiento (3 de mayo de 1802 y 9 de junio de 1804, respectivamente, ambos extraviados). Pareciendo abocado a suspenderse por resolución ministerial, la decisión se trunca por el relevo del *ministre de l'Intérieur* (Champagny por Chaptal) El nuevo responsable garantizará la recepción regular del salario de *madame* Guerin.
- 1804, agosto: Itard pone fin al tratamiento educativo de Victor, si bien continuará en la *Institution des Sourds-muets* dedicándose a la enseñanza de sordomudos.
- 1811, marzo: se traslada al muchacho, en compañía de *madame* Guerin, de la institución a un caserón cercano.
- 1828: muere Victor.

(fuente para esta cronología: *Th. Gineste, Victor de l'Aveyron*, pp. 23-45).

LA EDUCACIÓN DE VICTOR

Los parisinos, tanto sabios como vulgo, aguardaban con inquietud la llegada del *sauvage*: ¿quedaría deslumbrada su inocencia y simplicidad por las luces del progreso de la *Ville Lumière*? ¿desvelaría la idiosincrasia de la primigenia naturaleza humana tras una expeditiva instrucción? Parecía que la doble pregunta fundacional de las ciencias del hombre —¿dónde acaba la naturaleza?, ¿dónde empieza la cultura?— podría encontrar una respuesta decisiva. Ante tales expectativas, la decepción fue neta. La criatura presentaba un aspecto lamentable y repugnante, una apatía hosca y huraña, una inferioridad manifiesta: “Una pobre criatura de un desaliño repelente, presa de movimientos espasmódicos y a ratos convulsivos, [...], que mordía y arañaba cuantos hacían por atenderla, y, finalmente, ajena a todo...” (cfr. texto i).

La ciencia procede a su examen minucioso y el ilustre psiquiatra Philippe Pinel, famoso por sus publicaciones acerca del tratamiento de los alienados, lo describe en la *Société des Observateurs de l'homme*: una atención voluble y restringida a su subsistencia, carente del uso de la palabra y sin recursos gestuales, sus órganos de los sentidos abotargados, reacciones que alternan una hilaridad desbordante e inmotivada con la melancolía... La comparación con los idiotas encerrados en los hospicios parecía inevitable; la conclusión también: “¿No tenemos nosotros el mayor grado de probabilidad para pensar que el niño de l'Aveyron debe ser asimilado a los niños o adultos reduciendo a un estado de demencia o de idiotismo? —se preguntaba el médico en la segunda parte de su informe—”.

Sin embargo, el joven médico Itard se resiste a tal diagnóstico, entendiendo que la causa de su atraso no sería esa imbecilidad congénita e irreversible, sino la soledad y el abandono que habrían frenado su desarrollo: “lejos de ser un adolescente aquejado de imbecilidad que de ser un niño de unos diez o doce meses...”, al que el periodo de prolongado y forzoso aislamiento habría acarreado las desventajosas consecuencias de la privación de su sensibilidad, de su atención y de su sociabilidad. Las consecuencias de tal decisión pericial no son baladíes.



Philippe Pinel, en el patio del Hospital de la Salpêtrière (París).

El niño salvaje es presentado como rayano con la animalidad: una presunta pobreza de mundo que se conjuga con una presunta ausencia de simbolización. La reclamación del caso, frente a la psiquiatría y a su diagnóstico de idiotéz, para un tratamiento pedagógico supondrá un acontecimiento para asimilar educativamente normalidad y anormalidad. Será la indecidibilidad, forzada por la decisión itardiana, entre salvajismo e idiotéz la tesitura que franquea la formulación del estado de salvajismo en términos ontogenéticos (“un niño de unos diez o doce meses”), y posibilite el diseño de un tratamiento genuinamente educativo, es decir, relativo a una concepción autónoma del desarrollo infantil y de sus anomalías propias, basado en la estimulación.

La educación del muchacho, siempre en un clima de seguridad y cariño, debería partir de una estimulación sensorial que avivase sus sentidos y sus necesidades, para así franquear el desarrollo de sus facultades superiores. Su tutor, Itard, nos presenta un programa de cinco puntos.

La consecución de un clima de cercanía y confianza entre el tutor, la señora Guerin y Victor (1.º) facilitaría la actitud para la acción educativa, dirigida, de entrada, a avivar sus embotados sentidos (2.º), confiando en que la estimulación y el entrenamiento sensorial conduciría al umbral del desarrollo intelectual (3.º). Con tal objetivo se desarrollarán distintos materiales, ejercicios técnicos y estrategias que, a través de su posterior aplicación a la educación de sordomudos y a la educación especial, llegarán a influir decisivamente en el método montessoriano.

Sin embargo, son los puntos 4.º y 5.º —el incremento de las pulsiones como resorte del aprendizaje (“que bajo la imperiosa urgencia de la necesidad se viese obligado al ejercicio de la imitación, a fin de conducirlo al don de la palabra”) y el trueque de los objetos correlativos de esas necesidades por otros genuinamente didácticos (“que se emplease durante un cierto tiempo en proyectar las más simples operaciones anímicas sobre los objetos inmediatos de sus necesidades, para sustituirse los más adelante por objetos de enseñanza”)— los que revelan más claramente la intención profunda de este tratamiento educativo (cfr. textos II y III).

El programa educativo itardiano —para Victor— coincide con el rousseauniano —para Émile— en consistir en una economía de las pasiones. Sin embargo, sus estrategias son inversas. A Émile habría de preservársele su imaginación evitando la intrusión de necesidades superfluas que desequilibrarían el balance entre deseo y facultades (deflación pulsional). En cambio, a Victor habrán

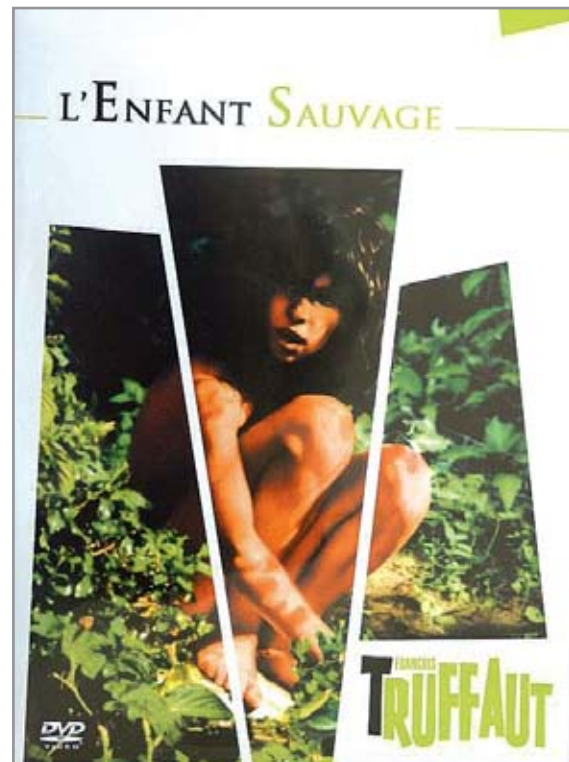


de azuzársele sus pasiones para conseguir que sus ráticas necesidades se despeguen en un goce pródigo y extático (inflación pulsional); sólo de esa manera podrá engancharse en el camino de la formación, tal y como constata su tutor: “[...] desde que la multiplicidad creciente de sus necesidades fue haciendo cada vez más numerosas sus relaciones con nosotros y nuestras atenciones hacia él, aquel empedernido corazón se franqueó por fin a sentimientos inequívocos de reconocimiento y de necesidad”.

Sin embargo, los progresos en el aprendizaje del lenguaje nunca fueron promisorios. Si bien el niño logró pronunciar algunas palabras (como *lait*, leche), éstas no parecieron ir más allá de la señalización del objeto, sin consistir en la significación de su necesidad: “Me di cuenta de que Víctor no reproducía aquellas palabras que yo le había enseñando para pedir los objetos que mentaban o expresar el deseo y la necesidad que de ellos sentía, sino que no lo hacía más que en determinados momentos y siempre a la vista del objeto deseado”. El deseo del niño, a causa de su déficit de simbolización, permanecía adherido al objeto inmediato y, en consecuencia, restringido a sus pacatas necesidades, sin que sus pulsiones pudieran distenderse y fluir hasta el goce que se difiere en la expectativa y se enreda en el otro (cfr. texto IV).

Son ocasiones como éstas en las que educador constata sus reiterados fracasos y sufre el acoso del desaliento, agobiado ante la renuencia del aprendiz. Acusa, entonces, la urgencia de sustituir la paciente, minuciosa, infinitesimal tarea educativa, que parece no alcanzar nunca su objetivo, por otros métodos más expeditivos, algo así como un estado de excepción educativo que instaura el procedimiento crítico de la psiquiatría de la época, basado en el enfrentamiento sin cuartel entre la voluntad del maestro (médico) y la indolencia de alumno (idiota), cuya finalidad estriba en que el primero fuerce el sometimiento del segundo: “Era preciso, pues, acudir lo más pronto a los remedios, pero ya no por la medicación, tan a menudo inútil, ni aun por la dulzura, de la que ya nada cabía esperar [...], sino por algún procedimiento perturbador”. Así, sintiéndose al borde del fracaso, recurre a asomar al aterrorizado niño a un barranco, suspendiéndolo por fuera de una ventana, como último recurso para imponerle la disciplina de los ejercicios de aprendizaje. Cuando lo reingresa, los ojos de Víctor se han humedecido. “Que yo supiese —relata Itard— era la primera vez que sus ojos soltaban una lágrima” (cfr. texto V). Esa angustia externa se mudará en angustia interna, en sentimiento de culpa, tal como comprobamos cuando se nos cuenta que, hastiado de fracasar en la resolución de sus ejercicios, “he podido ver cómo, imbuido de impotencia y afectado tal vez por la inutilidad de mis esfuerzos, mojaba con sus lágrimas aquellos incomprensibles caracteres [alfabéticos]”.

No obstante, la genialidad pedagógica itardiana sumará a esa prueba de ansiedad, brutal en su imposición de la voluntad soberana del maestro, una prueba de justicia, insólita en su incoación de la autonomía moral en el alumno. Si con aquélla asistíamos a la emergencia de la conciencia moral, con ésta última, el tutor, con todo su pesar, recurre de nuevo al procedimiento crítico, pero esta vez para excitar la rebeldía del educando ante la ley del otro (maestro, amo) cuando ésta se vuelve despótica y, así, inaugurar una nueva legitimidad. Castigándolo sin razón, lleva al límite al muchacho, hasta provocar que éste se revuelva y lo muerda. Esa sería la prueba de que el sentimiento de justicia había anidado en el corazón del muchacho, “dándole sentimiento semejante, o más bien provocando en él su desarrollo, acababa yo de elevar al hombre bravío a la altura del hombre moral [...]” (cfr. texto VI).



Cartel de la película *L'enfant sauvage*, de François Truffaut.

A pesar de todos esos desvelos, todo el proceso educativo se obstruye con la emergencia de la sexualidad. Si la instrucción del niño se basaba en que la estimulación sensorial acabara por desbordar la rática economía pulsional autosuficiente, su libido irrumpe en su indeterminación, transgrediendo cualquier presupuesto acerca de su presunta consumación natural o afectiva, y desbaratando la disciplina educativa, por resultar insusceptible de cualquier sublimación educativa —“tenacidad de esta concupiscencia tan violenta como indeterminada, que mantiene un estado habitual de inquietud y de sufrimiento, obstaculizando una y otra vez la buena marcha de nuestra educación”— (cfr. texto VII). La paradoja es que esa energía libidinosa, pujante, inespecífica, invasiva, parecía perfectamente homologable a aquella emergencia de las necesidades que el entrenamiento educativo había buscado fomentar desde un principio.

Para saber más

- GINESTE, TH. (1981). *Victor de l'Aveyron: dernier enfant sauvage, premier enfant fou*. Paris: Le Sycomore.
- ITARD, J. (1982). *Memoria e informe sobre Victor de l'Aveyron* (R. Sánchez Ferlosio, comentarios). Madrid: Alianza.
- LANE, H. (1995). *El niño salvaje de Aveyron*. Madrid: Alianza.
- TRUFFAUT, F. (1969). *L'enfant sauvage* (película). Les Films du Carrosse Inc. (Metro-Goldwin-Meyer, 2008), 83 min.
- VÁZQUEZ-ROMERO, J. M. (2012). «Victor de l'Aveyron, aprendiz del deseo». *Bajo Palabra, Revista de filosofía*, 11 (7), pp. 372-390.



Textos (Itard, 1882: edición de Sánchez Feriosio)

I
Un niño de unos once o doce años, que tiempo atrás había sido avistado totalmente desnudo por los bosques de La Caune a la busca de bellotas o raíces, de que se alimentaba, fue en los mismos parajes descubierto hacia el final del año VII, por unos cazadores, que consiguieron darle alcance y apoderarse de él, cuando intentaba, en las ansias de la fuga, ampararse entre las ramas de un árbol. [...]

Comenzando su descripción por el aspecto que ofrecían las funciones sensoriales de nuestro pequeño hombre bravo, el ciudadano Pinel nos informó haber encontrado sus sentidos en un estado tal de inhibición, que el infeliz se hallaba, según él, a este respecto, bastante por debajo de algunas de nuestras especies zoológicas domésticas: los ojos, sin fiexa ni expresión, sin cesar divagaban de un objeto a otro, sin detenerse jamás en uno de ellos, hallándose tan poco ejercitados, tan poco coordinados con el tacto, que en modo alguno sabían distinguir entre un objeto de bulto o una simple pintura; el oído tan insensible a los ruidos más fuertes como a la más emotiva de las melodías; el órgano de la voz, en el estado de mudéz más absoluto, no emitía sino un sonido uniforme y gutural; el del olfato parecía igualmente indiferente a la exhalación de los perfumes como al hedor de las basuras de que estaba impregnado su cubil; el tacto en fin se limitaba a la función mecánica y no perceptiva, de la pura presión de los objetos. Pasando, pues, de las funciones sensoriales a las intelectuales, el autor del informe nos mostró a su paciente incapaz de atención, salvo en lo que atañía a los objetos de sus necesidades, y sustraído por lo tanto a las operaciones del espíritu que reclaman el concurso de aquella facultad; privado de discernimiento, negado a la memoria, desprovisto de toda actitud imitativa y hasta tal punto obstruido a los recursos de la mente, incluso relativos a sus propios intereses, que aún no había aprendido siquiera a abrir las puertas ni acertaba a valerse de una silla para atrapar algún manjar que se hurtase a sus alcances. Se hallaba, finalmente, desprovisto de todo recurso comunicativo y en ningún ademán o movimiento de su cuerpo podía adivinarse modo alguno de intencionalidad ni de expresión; sin apariencia de motivo alguno, pasaba de repente de las más melancólica apatía a una risa explosiva y desbordante. Insensible su alma a cualquier afección moral, toda su inclinación y su placer quedaban circunscritos al agrado del órgano del gusto, todo su discernimiento a las operaciones de la gula, toda su inteligencia a la capacidad para unas cuantas ocurrencias aisladas y siempre relativas a la satisfacción de sus necesidades; en una palabra, su existencia toda quedaba reducida a una vida puramente animal (pp. 11, 13 s.)

II
...hice todo lo posible por despertar estas disposiciones [relativas a los juegos infantiles que favorecen el desarrollo de la inteligencia] mediante las golosinas más codiciadas por los niños, y de las cuales espero poderme servir como instrumento de premios y castigos, como estímulo y medio de instrucción, pero la aversión que demostraba por todo manjar azucarado, así como por los más refinados guisos fue algo insuperable. Intenté entonces el empleo de platos fuertes, como más propios para estimular un paladar embotado [...] y fracasé igualmente [...]. Desesperado, en fin, de poder dilatar el acervo de sus gustos, me limité a servirme del estrecho repertorio disponible, rodeándolo, no obstante, de todas las circunstancias secundarias capaces de acrecerle el placer que pudiese encontrar en su satisfacción, y con esta intención me lo llevaba a menudo a comer a la ciudad. [...] Yo me congratulé del resultado de esta primera salida, porque, habiéndolo procurado una satisfacción, no tenía más que repetirla unas cuantas veces para crearle una necesidad. [...]

Como cuando íbamos a estas fiestas era imposible ir a pie por la calle [...], hebe de verme constreñido a llevarlo siempre en coche; y este fue otro placer que él fue asociando más y más a sus frecuentes salidas, de suerte que bien pronto éstas no fueron para él ya simplemente días de fiesta a los que se entregaba con la más viva alegría, sino que se le convirtieron en una auténtica necesidad, que cuando tardaba demasiado en verla satisfecha lo ponía inquieto, triste y caprichoso (p. 30).

III
Mirando al hombre en su más tierna infancia no parece elevarse, en lo que al entendimiento se refiere, por encima de los restantes animales: todas sus facultades intelectuales se ven delimitadas de modo riguroso al estrecho circuito de sus

necesidades físicas; por mor de éstas, solamente, se ejercitan las operaciones del alma. Es preciso, por tanto, que la educación las tome de su cuenta para dirigir las a la instrucción, esto es, a un orden de cosas del todo ajeno a las necesidades primordiales; de tal aplicación habrán de derivarse todos los conocimientos, todos los ulteriores progresos del alma, hasta las concepciones del genio más sublime. Sea lo que fuere del grado de certeza de idea semejante, yo no la enuncio aquí sino por haber sido de hecho el punto de partida del camino seguido para cubrir este quinto y último punto.

No he de ponerme a contar los pormenores de los medios empleados para ejercitar las facultades del niño bravo del Aveyrón sobre los objetos de sus apetitos, dado que no se trata más que de meros obstáculos de dificultad creciente, interpuestos en el camino de la satisfacción de sus necesidades [...]. Así es como se han ido desarrollando todas las facultades que han de servir a su instrucción y no queda sino hallar los medios más viables de ponerlas en juego (pp. 42 s.).

IV
Me di cuenta de que Víctor no reproducía aquellas palabras que yo le había enseñado para pedir los objetos que mentaban o expresar el deseo y la necesidad que de ellos sentía, sino que no lo hacía más que en determinados momentos y siempre a la vista del objeto deseado. Así, por ejemplo, por grande que fuera su gusto por la leche, no era sino a la hora en que tenía costumbre de tomarla y en el instante mismo en que veía que le iba a ser ofrecida, cuando emitía, o más bien formaba de manera adecuada, el nombre de aquél su alimento favorito. Para aclarar las sospechas que esta especie de reserva me inspiraba hice la prueba de retrasar la hora de su desayuno: en vano fue esperar la manifestación escrita de sus necesidades, con todo y que se le hubiesen llegado a hacer más apremiantes, y no fue sino al aparecer el propio tazón de leche ante sus ojos cuando formó la palabra convenida. Aun quise recurrir a una segunda prueba: en mitad del desayuno y evitando prestar a mi actuación toda apariencia de castigo, quité de la mesa el tazón de leche y lo metí en un armario, si la palabra lait hubiese sido para Víctor el nombre de la cosa o la expresión de su necesidad, es indudable que ante aquella repentina privación y continuando insatisfecho su deseo la palabra tendría que haber llegado a ser escrita; mas, como no lo fuese, tuve que concluir en base a ello, que la composición de aquel signo, lejos de ser para mi discípulo la expresión de su necesidad, no era sino una especie de ejercicio preliminar que hacía maquinalemente preceder a la satisfacción de sus apetitos. Me resigné, pues, animosamente a la necesidad de volver sobre los mismos pasos y de hacer nuevamente el mismo gasto de energías... (pp. 68 s.).

V
Habiendo ido un día, algún tiempo antes, al Observatorio, en compañía de madame Guérin, ésta lo había conducido hasta la plataforma, la cual, como es sabido, se halla a notable altura: no bien se vio el muchacho a poca distancia de la barandilla, he aquí que, poseído de terror y temblando de los pies a la cabeza, retrocede hacia su acompañante con el rostro bañado de sudor, la arrastra por el brazo hasta la puerta y solamente recobra un poco la tranquilidad cuando se ve por fin al pie de la escalera ¿Cuál podía ser la causa de un terror semejante? En absoluto me preocupé de averiguarlo: me era bastante conocer sus efectos, para ponerlo al servicio de mis fines. No tardó en presentarse la ocasión; fue con motivo de uno de sus accesos más violentos y que yo mismo había creído oportuno provocar mediante la reanudación de nuestros ejercicios: aprovechando entonces los momentos en que las funciones sensoriales no se hallaban todavía mínimamente afectadas, abrí con violencia la ventana de su habitación—que estaba en el cuarto piso y aplomaba sobre un saliente zócalo de piedra—, me acerqué a él con todos los aspavientos de la furia y, agarrándolo fuertemente por las caderas, lo mantuve algunos segundos suspendido por fuera del alféizar, con la cabeza hacia el fondo de aquel despeñadero, y lo volvía meter, pálido, bañado en sudor frío, con las pupilas lacrimosas y aún agitado por pequeños sobresaltos, que atribuí a los efectos del terror. Al punto lo conduje a los tableros, le hice recoger los cartoncitos y le exigí colocarlos en sus sitios; todo lo cual fue ejecutado, aunque, en verdad, muy lentamente y más bien mal, pero ya al menos sin asomo de irritación alguna. Acto seguido se tiró sobre la cama y se puso a llorar copiosamente.

Que yo supiese, era la primera vez que sus ojos soltaban una lágrima (pp. 47 y s.).

VI
Para este experimento realmente penoso hebe de escoger un día en que, hallándome tan satisfecho de su inteligencia como de su docilidad [...] no tendría yo que haber tenido más que alabanzas y recompensas para con él, como él mismo sin duda se esperaba, a juzgar por el contento de sí mismo que traslucía de todo su semblante y todas las actitudes de su cuerpo: pero cuál no sería su estupefacción cuando [...] se vio venir de pronto encima una sombra severa y amenazadora que, con todas las señales exteriores del descontento, deshacía aquello mismo que acaba de saludar con alabanza y complacencia, dispersando sus cuadernos y cartones por todos los rincones de la habitación, y lo agarraba en fin a él mismo por un brazo para llevarlo con violencia hacia un cuarto oscuro como el que había conocido por prisión algunas veces en los primeros tiempos de su estancia en París. Hasta la puerta se dejó conducir con resignación, pero ya en el umbral, rompió de pronto su habitual obediencia, y apalancándose con pies y manos contra las jambas de la puerta me opuso la más acendrada resistencia, que tanto más hubo de complacerme cuanto era en él enteramente nueva, ya que jamás con ocasión de un castigo semejante, siendo merecido, había empañado con la vacilación más leve su entera sumisión. Quise insistir, con todo, para ver hasta dónde estaba dispuesto a llevar su resistencia [...] hasta que al fin, sintiéndose ya próximo a doblegarse a la ley del más fuerte, recurrió al último recurso de los débiles: me tiró un viaje a la mano y dejó en ella la profunda marca de sus dientes. ¡Ay, cuán dulce no habría sido para mí en aquel instante que él me hubiese podido comprender, para decirle hasta qué punto el propio dolor de su mordisco inundaba mi alma de gozo verdadero y me redimía de todos mis trabajos! ¿Era acaso excesiva mi alegría? Se trataba de un acto de legítima venganza, la prueba incontestable de que el sentimiento de lo justo y de lo injusto, cimiento perdurable de todo orden social, no era ya extraño al corazón de mi educando: dándole sentimiento semejante, o más bien provocando en él su desarrollo, acababa yo de elevar al hombre bravo a toda la altura del hombre moral, por el más privativo de sus caracteres y el más honroso de sus atributos (pp. 91 s.).

VII
...cuando a despecho de la ayuda de los baños, de la dieta calmante, del fuerte ejercicio físico a que se halla sujeto, se desencadena nuevamente el vendaval de la sensualidad, el carácter naturalmente dulce del muchacho cambia de modo súbito y total y pasando sin transiciones tan pronto de la tristeza a la ansiedad como de la ansiedad al furor, muestra hastío de sus más vivas apetencias y ora llora o suspira, ora lanza agudos gritos o desgarras sus vestidos y alguna vez se descomponen hasta el extremo de arañar o morder a la propia madame Guérin; con todo, incluso cuando se ha dejado llevar de ese ciego furor que no le es dado gobernar, manifiesta un auténtico arrepentimiento y pide que le den a besar aquella misma mano a aquel mismo brazo que acaba de morder. En tales trances se le altera el pulso y se le congestiona el rostro, llegando incluso en ocasiones a sangrar por la nariz o los oídos, lo cual pone fin al acceso y aleja por más tiempo su retorno, en especial si la hemorragia es abundante. Sobre la base de esta observación, no pudiendo o no osando poner en práctica algo más definitivo, he tenido que recurrir a las sangrías con el fin de aliviar la situación, si bien lo he hecho con no pocas reservas, convencido de que lo verdaderamente indicado no es apagar la efervescencia, sino entibiarla [...] se trata siempre de resultados que no ponen sino un remedio pasajero a la tenacidad de esta concupiscencia tan violenta como indeterminada, que mantiene un estado habitual de inquietud y de sufrimiento, obstaculizando una y otra vez la buena marcha de nuestra educación (p. 95).